

Las celebraciones de la clausura del curso tuvieron lugar en la sala de oración principal, como de costumbre.

Todo el alumnado de la escuela de formación de profesores, incrementado por padres y tutores, se agolpaba entre las altas paredes blancas formando una única masa. Las suelas de los zapatos rozaban el suelo y se arrastraban distraídas, mientras las hileras de alumnos se apretujaban en las filas de bancos. A través de las altas y anchas ventanas entraba la luz azul del verano, calma e intensa, y en el interior las coloridas cintas para el pelo agitaban furtivamente sus alas de mariposa, como señal de que pronto seguirían la llamada a la libertad. Incluso aquellos que con anterioridad no habían sentido su formación como una obligación particularmente opresiva, despertaron ese día a la sensación de que una patria les esperaba en algún lugar de una extensa planicie, una patria que habían olvidado pero que los esperaba para cumplir todos sus deseos. Músculos y tendones se estiraban y crujían, como los de los gatos cuando bostezan. La premonición de una deliciosa anarquía les llenaba de placer.

—¡Por última vez nos llevan al redil! —oyó Malin que susurraba con irreverencia una voz a sus espaldas, mientras se abría paso a través de las puertas junto con la multitud de estudiantes vestidos de blanco. Pero alguien más respondió con igual desenvoltura:

—¡A este redil sí!

Los graduados se sentaron en las primeras filas frente a los profesores, que estaban sentados de espaldas al estrado enguarnaldado con flores. Frente a Malin estaba sentada la profesora Fjell, una persona amable que se había comportado en muchas ocasiones de forma amable, casi

maternal, con Malin. Sin embargo apenas le producía dolor alguno a despedirse de ella o de los demás, todos ellos formaban parte de una gran unidad que no necesitaban más despedidas. La despedida de Malin ya había tenido lugar. Ya se había separado. Estaba fuera.

Fjell llevaba la misma cadena de reloj con la que había jugado con tanto nerviosismo el día del examen final. ¿Tan llena de ansiedad estaba entonces? ¿Por qué? Quizás para sugerir a los alumnos una sensación de importancia similar a la del examen de ingreso, simplemente en aras de la solemnidad. En lo que a Malin se refería, no había funcionado. Había vivido los acontecimientos en torno al examen final como una obra de teatro; ella había desempeñado su papel y no había sido en absoluto aburrido, pero no había sido capaz de experimentar de forma más profunda la importancia del momento y de los resultados. Todo salió bien, en cualquier caso. Incluso en ese momento ella ya estaba fuera.

Sí, estaba fuera, solitaria, pacíficamente fuera. Todo lo que aquello representaba y significaba se había desvanecido, y parecía tan pequeño y distante. La ornamentación de las paredes bañadas por el sol ya no la atraían, eran evanescentes e irreales frente a la propia luz del sol, que era cálida y luminosa. Oh, esa franja de luz... Era más real que toda la solemnidad de aquel acto, era simplemente lo que era y no significaba nada más. Era originaria e innegable, un regalo que no podía ser cuestionado. Mientras que una fiesta como aquella... Tenía una sensación similar a la que sentía cuando era niña y asistía a grandes cenas solemnes con largos discursos: ¿por qué hacían eso? Era un mundo extraño. Un mundo de apariencias. Y allí

estaba sentada ella misma, con el nombre de Malin Forst, seguramente era una persona muy clara y reconocible, la misma persona clara y reconocible que había estado allí seis meses antes. Ni siquiera se le podía llamar farsa. Apenas había un puente entre el mundo de la realidad y el mundo de las apariencias. No había razón para oponerse a todo lo que era apariencia. Las cosas eran así, pero a través de esa telaraña el otro mundo seguía existiendo, el mundo pesado, transformador, que no se ocupaba de florituras superficiales, y nunca lo haría.

Por su mente pasó la idea de que no sería aquella la última vez que se sentaría así en medio de una gran multitud y estaría fuera. Pasaría por círculos y grupos y camarillas y la llamarían Malin Forst —ella es así y así y asá—, y sin embargo allá en el fondo, por detrás del nombre, la sonrisa y la amabilidad, estaría protegida y anónima como detrás de unos muros. Participaría en fiestas con todo el regocijo de su corazón y aun así sabría que casi ninguno de los que llamo amigos podría soportar mirar mi realidad a los ojos, así como yo no podría soportar mirar la de ellos. Una vez que te das cuenta de eso, eres capaz de alejarte de todo, atravesar todo lo que es apariencia y alejarte de tu propio nombre, sentarte al sol, sumergir tu mano en el agua y alegrarte de existir libre de ansiedad y sufrimiento. En la existencia desnuda. Y allí nadie es joven ni viejo, ni sabio ni tonto, ni hay bien ni mal, sino que todos somos iguales en la dura lucha por el *cosmos*.

Y entonces los cursos superiores de la escuela primaria subieron para cantar. Entre ellos el séptimo, su séptimo. Suyo, porque el semestre anterior había impartido una serie de seis horas de clases a ese curso y se había en-